

“Fue un hombre de más convicciones que de cálculos. Nos dejó la tarea de resistir al escepticismo”.

COLUMNA

El hombre

FERNANDO CASTILLO permanecerá como una de las figuras centrales de la historia de la arquitectura del siglo XX, tanto en Chile como en Latinoamérica. Reconocido por múltiples distinciones y premios (el Nacional de Arquitectura en 1983), será recordado por haber sido capaz de extender los límites de su oficio, por su calidad personal y por haber realizado uno de los sueños de la arquitectura moderna: ir más allá de sí misma para penetrar el territorio de la vida social y transformarla. Sin embargo, acaso por sobre todo ello, fue un hombre íntegro, afable, abierto y optimista.

Recuerdo que su casa de Avenida Ossa y Simón Bolívar carecía de reja y también de cerradura. Así, lo que podría ser un descuido doméstico, se convertía en gesto de apertura y de confianza: cualquiera de



sus amigos o los de sus hijos podían entrar a su casa sin llamar y sin que nadie pareciera preocuparse.

Para sus estudiantes fue un profesor fascinante, que poco a poco fue haciéndose mítico. Podía organizar un concurso en un taller para construir una casa que le habían encargado,

cosa que hizo en más de una oportunidad.

Marcial Echenique recuerda que sus limitaciones con el inglés no eran obstáculo para cautivar a sus alumnos de Cambridge que lo seguían ciegamente en sus propuestas.

Fue un entusiasta, con una capacidad privilegiada de entusiasmar a otros: estudiantes, equipos, colegas o clientes. Con la misma pasión con que amaba conducir automóviles o pilotar aviones, ejerció la docencia, la política o la arquitectura. Su vitalidad no conocía límites.

En una conversación telefónica, cuando acababa de concluir su último período como alcalde, en sus ochenta y tantos, me dice: “Me he quedado sin trabajo; no me quedará otra cosa que reabrir mi oficina de arquitectura”. La jubilación no estaba ni estuvo nunca en sus planes.

Su contribución arquitectónica es entonces inseparable de su actividad docente y de su labor política, campos en los que -de otra manera- fue también un constructor experimental.

Vio la arquitectura como una herramienta de transformación social y la educación como una oportunidad para construir ciudadanos. Buscó involucrar la docencia con la práctica y con los procesos sociales. Amó las universidades que le correspondió presidir.

Fue un hombre de más convicciones que de cálculos. Nos deja la tarea de resistir al escepticismo, buscando incansablemente el entendimiento y la construcción de una ciudad mejor y más justa. Como ha dicho en sus memorias Luis Buñuel, hablando de Federico García Lorca, su vida superó a su obra, lo que en este caso resulta un halago considerable.